

Temas de sociología

Mariclaire Acosta

Algunos problemas teórico-metodológicos

Los individuos se hacen los unos a los otros, tanto física como espiritualmente, pero no se hacen a sí mismos.

Marx y Engels, *La ideología alemana*

Objeto de estudio de la sociología

Determinar el objeto de estudio de la sociología significa, necesariamente, partir de algunas premisas básicas sobre la naturaleza humana y, por ende, de la sociedad. Enumeraremos éstas brevemente:

1. El hombre es único en el reino animal en tanto poseedor de *cultura*;
2. Los hombres, gracias a la posesión de la cultura, pueden comunicarse entre sí, aprender de esta comunicación e *intergenerarse* (Bagú: 1975, p. 9);
3. Esta *intergeneración* recíproca e incesante hace del hombre un ser humano. En otras palabras, el hombre no es humano si vive fuera de un entramado de relaciones sociales. De esto se sigue que lo humano no es una cualidad intrínseca, sino que está generada por el intercambio social;
4. El hombre es capaz de participar en el intercambio social porque posee cultura. La cultura es un sistema de comunicación simbólica arbitraria (Kingsley Davis: 1969, p. 44), que no se adquiere por mecanismos genéticos; la cultura se aprende, no se hereda.

En resumen, la posesión de cultura permite la interacción entre los hombres, la cual, a su vez, da origen a la sociedad. La naturaleza íntima de la realidad social es que configura una urdimbre de relaciones sociales *significativas*.

Naturaleza de la realidad social

Los elementos constitutivos de la realidad social son: una praxis dialéctica, es decir, un proceso recíproco entre los hombres que engendra incesantemente una reconfiguración de los mismos; un contexto de inserción de esta praxis, lo cual significa que la interacción humana está mediada por la influencia que ejercen sobre los actores las agrupaciones sociales (grupo cultural, clase, familia, grupo lingüístico, religioso, étnico, etcétera) a las que pertenecen, y finalmente, la cosmovisión particular de los actores sociales, producto de su pasado personal y su proyección al futuro, es decir, el conjunto de *significados* que éstos confieren a su realidad (Bagú: 1975, p. 84).

Si la realidad social está constituida por estos tres elementos, y el hombre no es hombre si no interactúa con los demás, entonces podemos inferir que la vida humana es un incesante ingresar y egresar de grupos, un constante hacer y deshacer de los mismos y un continuo tráfico entre él y sus semejantes, a veces armónico, a veces conflictivo. Por tanto, la realidad social es *fluida, dinámica*, se mueve constantemente: es un *proceso* vivo que actúa a dos niveles:

—Creando ordenamientos incesantes de hombres y fenómenos, y

—Gestando diferencias cualitativas entre éstos que producen cambios en el proceso.

Los ordenamientos sociales requieren, para tener un mínimo de permanencia y significado, de un instrumental material (instrumentos tecnológicos, muebles, edificios, instrumentos artísticos, etcétera, es decir, cultura material).

Dimensiones de la realidad social

Esta realidad social que se reproduce a sí misma sin cesar existe en el tiempo y en el espacio. Sin embargo, estas dos dimensiones no son las mismas que emplean los científicos naturales para comprender la realidad física, pues en nuestro caso el espacio es un atributo del tiempo. ¿Qué significa esto? Simplemente que la realidad social se da en una secuencia, pero que ésta, a la vez, implica un desplazamiento de la acción (algo sucede que genera otro algo y que sucede primero en un sitio, luego en otro, etcétera). El espacio, en nuestro caso, es un contexto de significados compartidos por los hombres; puede estar situado en un territorio determinado, pero no es una condición necesaria. La tercera dimensión de la realidad social que aquí nos ocupa, es su densidad. En otras palabras, la intensidad y velocidad con que se generan los cambios. En conclusión, en la realidad social podemos distinguir tres tipos básicos de procesos atendiendo a las dimensiones de la misma: el transcurso histórico, los correspondientes a un espacio social, territorial o

no, los que tienen un ritmo lento de desarrollo y los que tienen un ritmo vertiginoso.

Organización de la realidad social

La realidad social se configura en *estructuras* o conjuntos diferenciados, los cuales presentan algunas propiedades como las siguientes (Bagú: 1975, pp. 114-116):

- a) Son totalidades en las que sus partes integrantes están funcionalmente interrelacionadas;
- b) Poseen una unidad cualitativa, aunque se transformen incesantemente;
- c) Son parte y producto del transcurso histórico;
- d) Pueden transformarse en otras cualitativamente distintas;
- e) Se integran en un todo ordenado jerárquicamente, en tanto que unas estructuras determinan a otras;
- f) Son producto de la acción inteligente y significativa del hombre. Perseguyen fines que el hombre se ha fijado para sí mismo. En este sentido no se sobreponen al hombre con una fatalidad ciega. Poseen el sentido que el hombre les ha conferido, pues él construye su propia realidad social (Walsh: 1973, p. 19);
- g) Nacen, viven y mueren como producto que son de la naturaleza humana.

Estas estructuras configuran sistemas sociales cuando se integran funcionalmente en un espacio social y/o físico determinados. Cada sistema social se caracteriza por la naturaleza particular de las tres dimensiones que hemos visto, así como por la forma en que se relacionan entre sí.

Objetivo de la sociología

La sociología se ocupa de estudiar a la realidad social organizada en sistemas sociales, así como de interpretar el significado que los hombres le confieren a estos sistemas. No es la única disciplina que se ocupa de la realidad social. De hecho comparte este campo con la economía, la ciencia política, la antropología cultural y la psicología social para enumerar sólo algunas. Los linderos entre todas estas disciplinas son borrosos y *deben serlo*, pues no constituyen compartimentos estancos, sino *especializaciones* en el conocimiento de lo social. La realidad social es una e indivisible y sólo se ha especializado a efectos de profundizar en alguno de sus aspectos. El conocimiento sociológico no se ocupa, sin embargo, de los residuos de las demás ciencias sociales, todo lo contrario: enfoca su atención a la sociedad en su

conjunto. En otros términos, se ocupa de la sociedad como un *sistema* de relaciones sociales, sin menoscabo de su tipo particular. Esta actitud de la sociología tampoco debe confundirse con un enciclopedismo que incluye el conocimiento reunido por las otras ciencias sociales, sino como el punto de vista de una disciplina que estudia la forma como las sociedades logran la unidad, la continuidad y la transformación. Como diría Kingsley Davis: "...resulta que a este tipo de análisis global se le llama sociología, un nombre tan bueno como otro cualquiera" (1969, p. 9).

Naturaleza científica de la sociología

El hombre ha tenido una tendencia reiterada a explicarse su realidad refiriéndose a la mayor magnitud por él concebible, que es lo divino. De lo cotidiano gris y acongojante a lo eternamente luminoso: un acto fallido de liberación.

S. Bagú, *Tiempo, realidad social y conocimiento.*

La noción de que lo específicamente *social* de la conducta humana era algo digno de ser estudiado científicamente, aparece muy tardíamente en Occidente. Lo que ahora conocemos como ciencia social tiene su génesis en Europa a partir del Renacimiento, en los albores del ascenso de la burguesía como clase social que buscaba, de manera incipiente, encontrar la lógica intrínseca de los mecanismos sociales que le afectaban. Así, con el surgimiento del Estado moderno que impone su particular racionalidad al resto de la sociedad, se originaron los primeros balbuceos de la ciencia política. Posteriormente, a medida que los valores racionalistas de esta clase ascendente permearon a la sociedad atacando a la visión medieval del mundo, se desarrolló la noción de que la ciencia era una forma de conocimiento muy superior a las demás. Las premisas subyacentes de la epistemología científica se consolidaron con firmeza en el siglo xvii, afectando, en forma consecuente, a todo el conocimiento del mundo natural y acelerando, con Galileo, una de las grandes revoluciones científicas de nuestra historia (Kuhn: 1970, p. 75). Estas premisas influyeron radicalmente al posterior desarrollo del conocimiento científico, por lo que vale la pena destacarlas:

- a) El mundo posee un orden fundamental;
- b) Éste es de naturaleza inmanente;
- c) Es susceptible de ser reconstruido en un plazo temporal (atendiendo a relaciones de causalidad) y en un plano espacial (como un todo coherente cuyas partes están interrelacionadas).

De estos postulados se construyó un paradigma epistemológico —utilizamos el término paradigma como un modelo filosófico que define los problemas de estudio de una disciplina científica, las relaciones que guardan y la metodología adecuada para estudiarlos— (Kuhn: *op. cit.*) que concibió a la tarea de la ciencia como la de investigar las interrelaciones y cambios en los fenómenos naturales, los cuales están sujetos a leyes generales. Estas últimas se integrarían en teorías deductivas con valor predictivo. Esta visión del conocimiento científico arraigó definitivamente en los siglos XVIII y XIX, durante los cuales justamente se empieza a incorporar la filosofía social al modelo científico. Es lógico suponer que esta noción de la tarea científica se traspasara tal cual a la ciencia social embrionaria.

Dos eventos marcan el paso del pensamiento social al *status* de ciencia: la embestida del racionalismo de la Ilustración contra los restos de la teología medieval y la consiguiente “naturalización” de los hechos humanos producto de este proceso de secularización.

Las proposiciones racionalistas acerca de la naturaleza humana producidas en el Siglo de las Luces serán la plataforma y el acicate para el desarrollo de las ciencias de la sociedad, pues afirmaciones como las que el hombre es intrínsecamente racional, que la naturaleza humana es igual en todas partes, que las instituciones se hacen para los hombres y no los hombres para las instituciones, así como la noción de que el progreso es la ley central de la humanidad, serían la piedra de toque de la sociología decimonónica. A partir de entonces, las explicaciones acerca de la naturaleza de lo social se verán súbitamente emancipadas del yugo teológico y tradicional. Sólo en un contexto así podemos explicarnos la aparición de Montesquieu, verdadero precursor de la sociología y primero en detectar la materia prima de lo social (Aron: 1965, p. 19). Igualmente entendemos la aparición de la economía política de Adam Smith sustentada sólidamente sobre la noción racionalista del individuo.

Si lo humano es natural y la ciencia estudia a la naturaleza, entonces lo humano se puede estudiar científicamente. Con este legado filosófico se iniciaron los primeros ensayos sociológicos.

Pero las ideas sociales también responden a cambios concretos en la naturaleza de la sociedad. El triunfo político y económico de la burguesía europea, la Revolución Francesa y el establecimiento definitivo del capitalismo como modo de producción dominante, trajeron consigo cambios muy radicales en la naturaleza de las relaciones sociales. Estos cambios fueron de una envergadura tal que hubo que responder a ellos con toda la fuerza del intelecto. La respuesta intelectual al ascenso de la burguesía como clase dominante creará las ideas unitarias de la sociología (Nisbet: 1970, p. 7). Es casi un lugar común afirmar que los hombres no suelen reflexionar profundamente sobre aquello que no representa un problema. Así, sólo se cuestionó la naturaleza de la sociedad cuando ésta perdió su carácter rutinario a causa de la crisis más profunda en la historia moderna de Occidente (Ber-

ger Berger: 1972, p. 20). Tal es el origen de la sociología: una respuesta intelectual a la crisis de legitimación del pensamiento religioso producida por el paso de la sociedad tradicional a la moderna.

Si bien el individualismo racionalista y la economía clásica liberal legitimaron la destrucción de la sociedad feudal y pusieron al desnudo las nuevas y creativas fuerzas del capitalismo industrial, generaron también fenómenos insólitos para la época como fueron la urbanización masiva, la abstracción de la propiedad, la degradación del trabajo y la proletarización, la destrucción de la familia tradicional, la concentración masiva de poder político en manos de un Estado que se sentía con derecho de intervenir en todos los órdenes de la vida privada de los individuos, la aparición de un nacionalismo agresivo y expansionista, etcétera. Ninguno de estos fenómenos encontraba una explicación satisfactoria en el pensamiento racionalista, ni en la noción de un orden natural y de una sociedad de naturaleza contractual (Nisbet: 1970, p. 9). Más aún, amén de ser inexplicables, produjeron horror y repugnancia en la mayoría de los intelectuales de la época, los cuales descubrieron —a pesar de sus posiciones ideológicas divergentes— un hecho fundamental: que la sociedad tiene una existencia autónoma. A partir de entonces, ésta dejaría de conceptualizarse como un conjunto de individuos libres unidos entre sí en virtud de un contrato social, para revelarse como una unidad orgánica con su racionalidad propia susceptible de desentrañarse mediante la aplicación del método científico que tan buenos resultados había producido en el estudio de la naturaleza (Fletcher: 1971, p. 170).

Las implicaciones que tuvo para la sociología su nacimiento en este particular contexto histórico son de gran importancia para entender muchas de las características actuales de la empresa sociológica. Las señalaremos brevemente.

En primer lugar, la sociología tiene, y siempre ha tenido, una fuerte base *moral*. Las ideas centrales de la disciplina surgieron con las aspiraciones morales e ideológicas de sus fundadores (Nisbet: 1970, p. 18). Jamás han sido producto del razonamiento libre y aséptico de la ciencia pura. Nacieron a raíz del enfrentamiento del hombre decimonónico con el moderno Estado industrial, de tal suerte que representan el esfuerzo de éste por conocer al orden social para transformarlo o mantenerlo, según la posición ideológica que sustentaba. Este tinte comprometido de la sociología no se ha perdido ni se perderá jamás. Negarlo, como se ha pretendido algunas veces, significa ignorar gran parte de los fundamentos de la disciplina.

Por otra parte, el paradigma científico positivista empleado por los primeros sociólogos era el correspondiente a las ciencias naturales. El modelo de aquéllas se aplicó tal cual, con el resultado inmediato de que la mayoría de los sociólogos conceptualizaron a la realidad social como un conjunto externo, objetivo, pre-ordenado y divorciado de la actividad existencial del hombre. La transformación de la realidad social, según este paradigma, se presenta en términos de una evolución lineal que progresa por etapas en un

escalonamiento fatal (Bagú: 1975, pp. 37-47), y no como un proceso dialéctico que ofrece multiplicidad de opciones.

Algunas consideraciones sobre la relación entre sociología e ideología, así como de la aplicabilidad del conocimiento sociológico, derivadas de lo anterior

...la pertinaz y radical impotencia de las ciencias sociales de Occidente por descubrir al hombre...

S. Bagú

El peso del paradigma positivista de la sociología contemporánea aún no se ha podido eliminar. En la actualidad subyacen muchas interpretaciones estáticas y a-causales de la teoría sociológica (Bagú: 1975, pp. 93-95). También ha perpetuado la noción de objetividad del conocimiento sociológico que consistiría en descubrir la organización intrínseca y pre-existente del mundo social, sin atribuirle a éste cualidades significativas para sus miembros. Evade el hecho de que el mundo social posee una serie de significados múltiples creados por el hombre y que el investigador —hombre también, al fin y al cabo— participa de esos significados. Así, podrá creer que está descubriendo una realidad externa y objetiva, cuando en realidad sólo está reproduciendo un esquema conceptual propio de esa realidad (Walsh: 1972, p. 27). Semejante posición también lleva naturalmente a escamotear la relación entre ciencia social e ideología, que se traduce simplemente en la exclusión del campo de su estudio de una serie de fenómenos que pasan desapercibidos por el investigador, o bien la total omisión del sentido de la relatividad de los valores, perdiendo de vista la *definición social* de muchos fenómenos con la consecuente reificación de los mismos (Bagú: 1975, pp. 47-80; Walsh: 1972, p. 19). Quizá la consecuencia más perniciosa de esta actitud epistemológica sea la de impedir que el investigador social cobre conciencia de que frecuentemente actúa como portavoz de un grupo social con intereses concretos, y que mucho de sus resultados de investigación sirven a éstos.

Ciertamente no toda la sociología contemporánea se basa en el modelo positivista. Existen muchas escuelas de pensamiento que lo rechazan, pero de no desecharse por completo de la mayor parte del análisis sociológico que se lleva a cabo actualmente, la sociología difícilmente podrá alcanzar su cometido original: la liberación del hombre mediante el conocimiento de éste. Habrá fallado en su propósito esencial como disciplina simultáneamente científica y humanística que consiste en revelarnos cómo y en qué medida el complejo entretejido social impide el desarrollo sin trabas del potencial humano (Berger: 1963, pp. 155-176).

BIBLIOGRAFÍA

- Aron, Raymond, *Main Current in Sociological Thought*, Middlessex, Pelican, 1965.
- Bagú, Sergio, *Tiempo, realidad social y conocimiento*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975.
- Berger, Berger, *Sociology: A Biographical Approach*, New York, Basic Books, 1972.
- Berger, Peter, *Invitation to Sociology: A Humanistic Perspective*, New York, Doubleday, 1963.
- Broom and Selznick, *Sociology*, New York, Harper and Row.
- Fletcher, Ronald, *The Making of Sociology, Beginnings and Foundations, A Study of Sociological Theory*, London, Nelson Books, 1971.
- Kingsley, Davis, *Human Society*, New York, The MacMillan Co., 1969.
- Kuhn, Thomas, *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, University of Chicago Press, 1970.
- Medina Echavarría, José, *Sociología: teoría y técnica*, México, FCE, 1941.
- Nisbet, Robert, *The Sociological Tradition*, London, Heinemann, 1973.
- Walsh, David, "Sociology and the Social World", *New Directions in Sociological Theory*, London, Collier MacMillan, 1972.